

DISPOSITIVOS CARTOGRÁFICOS EN LA CLÍNICA DE LA MIGRACIÓN, DE LA GRAN PRECARIEDAD Y DE LA ERRANCIA: LA ACTUALIDAD DE FERNAND DELIGNY EN LAS PRACTICAS CONTEMPORÁNEAS

Derek Humphreys¹
Felipe Saavedra²

Resumen: El artículo explora los intrincados procesos de exclusión, que abarcan dimensiones sociales, políticas, culturales y económicas, además del sufrimiento subjetivo. Aboga por un enfoque interdisciplinario e insta a intervenciones en las que participen diversos profesionales. La exclusión a menudo sumerge a las personas en un aislamiento subjetivo, rompiendo los vínculos con los sistemas simbólicos de significación e intercambio, lo que conduce a una pérdida de la autoconcepción y la coherencia del yo. A diferencia de la psicoterapia convencional, las personas excluidas buscan principalmente soluciones concretas a sus necesidades materiales, pero anhelan una conexión humana genuina. Los vínculos terapéuticos suelen formarse en contextos sociales o médicos, lo que exige respuestas creativas por parte de los profesionales. Se ponen de relieve los paralelismos entre los traumas de las personas excluidas y otras experiencias traumáticas, delineando las etapas desde la ruptura inicial hasta la «liquenificación», en la que los lazos sociales se desintegran en una forma de pulsionalidad mortífera. Partiendo de la obra de Fernand Deligny, el texto aboga por la creación de espacios de vida que fomenten los encuentros y los vínculos espontáneos. Subraya la integración del arte no como terapia en sí misma, sino como medio para encarnar experiencias compartidas. Se hace hincapié en el espacio físico y la presencia corporal para hacer frente a la exclusión, valorando gestos y movimientos que a menudo pasan desapercibidos. Por último, el artículo propone un enfoque colectivo del sufrimiento individual, sugiriendo la creación de espacios comunes para apoyar a las personas excluidas. Defiende soluciones innovadoras y el compromiso colectivo para navegar por las complejidades de la exclusión y aliviar sus profundos impactos.

Palabras clave: Exclusión. Errancia. Precariedad. Salud Mental. Vínculo social. Psicoterapia comunitaria.

1 Doctor en Medicina, doctor en psicopatología fundamental. Profesor titular de psicología clínica, departamento de estudios psicoanalíticos. Director de investigaciones, CRPMS, Universidad Paris Cité.

2 Psicólogo clínico, Hospital Ville-Évrard. Doctorante asociado al Centre de Recherches Psychanalyse, Médecine et Société (CRPMS), Universidad Paris Cité.

CARTOGRAPHIC DEVICES IN THE CLINIC OF EXILE, THE GREAT PRECARIOUSNESS AND WANDERING: THE ACTUALITY OF FERNAND DELIGNY IN CONTEMPORARY PRACTICES

Abstract: The article explores the intricate processes of exclusion, encompassing social, political, cultural, and economic dimensions alongside subjective suffering. It advocates for a cross-disciplinary approach, urging interventions involving diverse professionals. Exclusion often plunges individuals into subjective isolation, severing ties with symbolic systems of meaning and exchange, leading to a loss of self-conception and ego coherence. Unlike conventional psychotherapy, those excluded primarily seek concrete solutions to material needs, yet yearn for genuine human connection. Therapeutic bonds often form within social or medical contexts, demanding creative responses from practitioners. Trauma parallels between excluded individuals and traumatic experiences are illuminated, delineating stages from initial breakdown to “lichenification,” where social ties disintegrate, leaving individuals in a moribund state. Drawing from Fernand Deligny’s work, the text advocates for creating living spaces fostering spontaneous encounters and linkages. It underscores the integration of art not as therapy per se but as a medium to embody shared experiences. Emphasis is placed on physical space and bodily presence in confronting exclusion, valuing often-overlooked gestures and movements. Lastly, the article proposes a collective approach to individual suffering, suggesting the creation of common spaces to support the excluded. It champions innovative solutions and collective engagement to navigate the complexities of exclusion and alleviate its profound impacts.

Keywords: Exclusion. Wandering. Precariousness. Mental health. Social Bond. Community psychotherapy.

Aunque el cuidado psíquico ha estado siempre asociado a la exclusión y a la precariedad en la historia de la psiquiatría y de la enfermedad mental (Pouillaude, 2014), resulta evidente constatar la transformación brutal que ha sufrido recientemente esta relación. La asociación entre ambos ya no puede ser considerada como la consecuencia del rechazo y la desconfianza que la locura provoca espontáneamente en la sociedad, sino que resulta de la magnitud que ha adquirido la vulnerabilidad social y de la necesidad, por parte de los profesionales de la salud mental, de responder a los efectos psíquicos crecientes de esta transformación social (Arveiller; Mercuel, 2011). Durante los últimos 40 años, una gran parte de la preocupación por la salud mental y por la atención al sufrimiento psíquico ha debido concentrarse sobre la vulnerabilidad extrema, subjetiva y social, producida por las situaciones de gran precariedad y de exclusión (Furtos, 2023). Es así que hemos visto nacer en Francia las unidades psiquiátricas móviles, destinadas a ir al encuentro de quienes viven en la calle para proporcionar un acompañamiento psicológico y a veces un tratamiento psiquiátrico a fines de la década de 1980; es en este mismo contexto, y ante la necesidad creciente de responder a la demanda de quienes se ven obligados a vivir en las calles, que Xavier Emmanuelli y Dominique Versini crearon un servicio móvil de urgencia social en 1993 y que, a pesar de su importante desarrollo en todo Francia, resulta hoy insuficiente (Versini, 2024); hemos también visto como la mayor parte de las instituciones inicialmente destinadas a responder a

la vulnerabilidad social asociada a las adicciones acoge hoy una población en la que predominan las dificultades ligadas a la migración y a la precariedad.

Las causas de esta vulnerabilidad asociada a la precariedad y a la exclusión son numerosas, y no pretendemos analizarlas exhaustivamente en este artículo. Nos parece sin embargo importante precisar que no se trata de una categoría sociológica o psicopatológica específica: nuestra experiencia clínica, principalmente a través de la supervisión y la formación de equipos móviles, nos permite constatar que al interior de las situaciones de vulnerabilidad y de exclusión encontramos una enorme diversidad de historias, de perfiles, de sufrimientos. Estos van desde la necesidad urgente de migrar ante una persecución política o religiosa, o por una catástrofe natural, hasta la crisis subjetiva producida por la pérdida del empleo y las consecuencias que esta ruptura respecto del sistema social tiene sobre el vínculo a si-mismo y al otro, pasando por rupturas familiares, culturales o identitarias, adicciones, y también algunas formas de depresión y de psicosis. A pesar de la heterogeneidad que nos permite un análisis profundo de cada una de estas situaciones, la experiencia traumática a la que se ve sometida la mayor parte de las personas que debe encontrar una manera de “sobrevivir en la calle” (Humphreys, 2023, p.25-34) resulta en una predominancia de reacciones de desconfianza y de repliegue subjetivo que se manifiestan como movimientos de tipo autístico que traducen una forma de desconexión con la realidad cultural y social habituales y que pueden ir hasta el mutismo y la organización delirante. Este tipo de manifestaciones conduce a algunos profesionales de salud a considerar que se trata, en todas estas personas, de un sufrimiento de resorte psiquiátrico (Bresson, 2020). Resulta por ello fundamental poder acoger cada situación, hacer posible el relato y la escucha de cada historia sin una intención diagnóstica ni de intervención inmediata, para producir respuestas específicas que no se limiten a la simple indicación de un tratamiento o la proposición de una solución que resultará, en muchos casos, inútil.

Así, aunque los elementos manifiestos de la exclusión y la precariedad parecen remitirnos a la psiquiatría, las causas son económicas, sociales, políticas, culturales, legales o ecológicas, pero el efecto de estos factores no puede ser separado de nuestra relación subjetiva al entorno social y cultural. La práctica lo demuestra: no basta con responder siempre a aquello que hemos reconocido al origen de la ruptura social – solucionar la dificultad económica que podemos reconocer al origen de algunas de estas situaciones o resolver la dificultad política, jurídica o de salud en otras – ya que una vez instalado el proceso de exclusión, una vez vivido el efecto traumático de la invisibilidad (Humphreys, 2024), resulta necesario siempre acompañar la respuesta económica, política, laboral, educativa o social, de un trabajo psíquico destinado a recrear un vínculo de confianza con el otro y a re-tejer el lazo social. Efectivamente, aunque podemos pensar que la evolución reciente de los problemas de exclusión y de vulnerabilidad social asociados a los movimientos migratorios, a las crisis climáticas, a las crisis económicas producidas por la mundialización de un funcionamiento predominantemente liberal y capitalista son el efecto de una transformación social fundamental, esta última se manifiesta individualmente como

una crisis del vínculo social y de las formas de subjetividad que este nuevo modelo social propone o permite (Paugam *et al.*, 2011).

Asociando un acercamiento psicopatológico y un análisis antropológico y social de estas manifestaciones, Olivier Douville (2001) reconoce los efectos subjetivos de una melancolización del vínculo social. Por nuestra parte, sin profundizar en el análisis de las causas sociales sino atentos a la producción de dispositivos clínicos capaces de considerar simultáneamente lo sexual (el deseo) y su lugar respecto del vínculo social (lo que es reconocido culturalmente y por lo tanto posible desear), hemos concentrado nuestra atención sobre los efectos de reorganización simbólica que producen los fenómenos de exclusión. Apoyándonos sobre el trauma como paradigma de la articulación entre lo individual y lo colectivo (Freud, 1939) y de las dificultades de acceso a la simbolización que encontramos en las situaciones de exclusión (Humphreys, 2023), hemos intentado desarrollar un dispositivo clínico capaz de prescindir del registro de la palabra, que opera en los márgenes de lo que organiza el funcionamiento del grupo social, sin por ello alejarnos de la necesidad de producir una forma de reconocimiento colectivo de lo que permite crear lo común (Deligny, 2007), entendido como una forma primaria de relación al medio físico, viviente y no-viviente, antes de toda categorización de lo que es propiamente humano.

La idea inicial de cuestionar nuestra manera habitual de hacer trabajar el registro simbólico viene de lo que nos ha enseñado la experiencia clínica. Múltiples experiencias frustrantes nos han permitido entender la inutilidad de fijar una cita un día preciso, en un horario determinado, en el espacio destinado a una entrevista con el psicólogo, el educador o el trabajador social. La ausencia a estos encuentros no es un rechazo a la persona que propone la cita, sino que debe ser entendida como una manera de poner a prueba el verdadero interés por establecer el vínculo de quien propone la cita, más allá del ejercicio de una función profesional (Ferenczi, 1933). En efecto, la autenticidad de la presencia de la persona que propone el contacto resulta fructífera, y muchos de estos psicólogos, educadores o asistentes sociales se ven sorprendidos por la regularidad con la que estos encuentros se producen de manera aparentemente aleatoria y jamás en los espacios o la temporalidad prevista por la función profesional. De alguna manera, estos encuentros hacen irrupción en los momentos de pausa (para el almuerzo, para un café), durante los intervalos destinados al desplazamiento (antes del inicio de la jornada, al final de ella, o entre dos misiones) y de manera general, en los umbrales que separan la vida personal y la vida profesional, entre lo que se hace para responder a código social y lo que responde a nuestro propio deseo (y en algunos casos nuestra necesidad, en su nivel más fisiológico, animal).

Desde un punto de vista psicopatológico, esta exploración de la fiabilidad del vínculo, que reconocemos solamente *a posteriori*, resulta comprensible de la parte de quien vive una experiencia traumática de borramiento y de invisibilidad social que no hace más que actualizar en permanencia y sin fin el trauma que se encuentra al origen de la ruptura (a la migración, a la perdida de vínculos culturales y sociales), confirmando las teorías ampliamente desarrolladas por Ferenczi y Winnicott (1965)

respecto de la relación entre trauma y fiabilidad del vínculo. Desde un punto de vista dinámico, podemos también reconocer la importancia de esta inversión de roles: en lugar de venir en ayuda, proponer una cita a quien no tiene nada que darnos, se trata de aprender a recibir lo único que estas personas excluidas de los sistemas habituales de intercambio pueden proponernos, su propia presencia. El reconocimiento de lo que nos es dado con esta presencia constituye una manera de reintroducirlas en el circuito del don-contra-don que inaugura la construcción social (Mauss, 1925) y que esta al origen mismo del proceso de exclusión (Furtos, 2008). Lo que nos ha parecido sin embargo fundamental en este desplazamiento concierne nuestra posibilidad de intervenir para re-tejer el vínculo roto aquí, y exige una atención particular a lo que establece nuestra relación al entorno simbólico y que define, en la mayor parte de los casos, nuestra forma de entrar en contacto con otros.

CONTRA LA SOBRESATURACIÓN SIMBÓLICA DE LO COTIDIANO

« Les faits, le réel, ne sont plus perceptibles, on apprend à les esquiver, à les faire disparaître derrière leur signification symbolique. » (Deligny, 1984, p.14)

Esta atención particular, por parte de quienes son excluidos, a los movimientos vitales de quienes intentan entrar en contacto con ellos, no solamente da lugar al encuentro (primer don), sino que también deja ver las rígidas coordenadas simbólicas en las que evolucionan nuestras interacciones cotidianas (lo que también constituye un don). Efectivamente, creyendo ofrecer una atención empática destinada a resolver los problemas ligados a la exclusión y a la vulnerabilidad social, los investigadores y practicantes que se refieren a las llamadas ciencias humanas parten al encuentro de las personas excluidas al interior de un sistema inscrito en días de trabajo y de reposo, vida privada y vida social, lugares destinados a lo íntimo y lugares destinados a la circulación, sin necesariamente comprender todos los efectos simbólicos de la exclusión, especialmente el desplazamiento o incluso el borramiento de las barreras entre lo privado y lo público, lo íntimo y lo social, que experimentan de manera cotidiana quienes aprenden a sobrevivir en la calle, día y noche, en días festivos como en días de trabajo. La sorpresa del encuentro nos permite reconocer las limitaciones que esta sobresaturación simbólica impone a nuestro trabajo, y nos permite salir de él – y por extensión, del fundamento mismo del proceso inclusión/exclusión.

La sorpresa que produce en estos profesionales el encuentro, justamente cuando ya no parecía posible, y hasta el establecimiento de un ritmo inesperado e inusual en estos encuentros, constituye un segundo don para quien intenta aprender algo de las así dichas humanidades. Antes de proponer una intervención terapéutica, es necesario establecer ciertas coordenadas espaciales comunes, un terreno común donde puedan surgir y evolucionar algunos objetos compartidos. Intentando descifrar lo que ha permitido crear las condiciones del encuentro a quienes viven en la calle, aprendemos a captar y a reconocer, a hacer visibles los excesivos códigos simbólicos dentro de los que se organiza nuestro cotidiano, y

aprendemos también, en algunos casos, a salir de ellos para crear las condiciones para un verdadero encuentro con el otro en toda su diferencia, sin buscar a asimilarlo o a integrarlo. Aprendemos así a no ver al otro como alguien que necesita ser curado mediante la asimilación a nuestros propios códigos habituales, convirtiéndolo, como lo propone Fernand Deligny en *Singulière Ethnie*, en “uno de los nuestros” (2007, p.1472): es necesario respetar la diferencia, por lo tanto, lo extranjero, lo que nos resulta extraño.

Lo más destacable de estos encuentros inesperados, que nunca tienen lugar en los espacios donde los profesionales reciben, sino siempre en la calle, en un espacio donde no hay intimidad, es que estas personas que viven en la calle parecen conocer perfectamente los recorridos que el propio profesional no reconoce como significativos, o que son eclipsadas por otros aspectos que suelen parecer más importantes para la relación con el tiempo social y el espacio urbano. Se trata de líneas de desplazamiento, de trayectorias determinadas por la contigüidad inmediata entre el cuerpo y el espacio, por las necesidades vitales, por los movimientos primarios. El sentido práctico que estamos habituados a dar a estos desplazamientos tiende a borrar la dimensión perceptual y sensorial de la trayectoria, en el sentido que Tim Ingold intenta diferenciar cuando distingue “*trails* y *routes*, *wayfaring* y *travelling*” (Ingold 2016, p. 77-78). Quienes viven y organizan la vida subjetiva, el deseo íntimo, en una relación inmediata al medio físico, sin la estratificación que separa los espacios y tiempos individuales y sociales, constituyen verdaderas trayectorias vitales, de inscripción de una memoria sensorial (olfativa, táctil, auditiva). Se trata, entonces, de poder acceder a esta otra manera de relacionarnos al medio y a las líneas que organizan nuestros movimientos, captar estos elementos siempre presentes, pero habitualmente ignorados en nuestra manera de organizar mapas prácticos que borran la percepción detrás de la intención de ir rápida y eficazmente de un punto a otro. Se trata, finalmente, de acoger estas formas diferentes de ocupar el espacio, de com-prender el sentido que tienen ciertos desplazamientos repetitivos, descifrar la razón por la cual estas personas se aferran a ciertos lugares (siempre la misma banqueta de la estación de trenes, un espacio preciso bajo un puente) a los que vuelven ineluctablemente, de manera insistente, y cuya importancia se nos escapa. Al acoger la distancia que nos separa, aceptando la diferencia, resulta posible hacer de ella un espacio para la creación de lo común que antecede toda construcción simbólica.

Dicho espacio está compuesto por líneas que se cruzan, se separan o se corresponden. Advertir la presencia de esos lugares importantes para quienes establecen una relación inmediata y concreta con su medio de vida, nos muestra que nuestra intervención hace parte de ese medio, es decir, que intervenimos en un entramado complejo y en movimiento. Aquello que, en un primer momento se vive como el fracaso de un encuadre fijo, quizás nos invita a percibir-nos en tanto composición múltiple de líneas que coexisten en un entrelazamiento y mezcla que conforman aquél paisaje que llamamos horizonte (Ingold, 2021).

Así, uno de los aspectos fundamentales en torno a los que se articula nuestra reflexión se refiere a esta incapacidad de captar, o simplemente percibir, todos

aquellos elementos (cosas, fenómenos) que no tienen un significado social o cultural. Aunque estén presentes en el medio en el que evolucionamos, determinando algunas de nuestras maneras de ocupar el espacio y de entrar en relación con él, no las tomamos en consideración. La experiencia nos muestra, efectivamente, que algunas personas escapan al sistema habitual que rige nuestra relación al entorno social y afectivo: es el caso de quienes viven un proceso de exclusión, pero es también lo que determina nuestra dificultad a entrar en relación con algunas formas de psicosis o con personas autistas, entre otras, y es el aspecto en torno al que converge nuestro trabajo con la tentativa de Fernand Deligny y de la llamada Red de las *Cévennes* de dar existencia a espacios de vida para niños autistas profundos y psicóticos en la sierra de baja montaña del sur de Francia conocida como las Cevenas. Esta forma particular de relacionarse, y que nos resulta extraña, incomprensible y en algunos casos incluso inquietante, resulta de una dificultad en el reconocimiento del otro en su carácter simbólico o metafórico y exige el desarrollo de una atención particular a estas diferencias de sensibilidad, y al rol que ellas juegan en la organización de los vínculos y en el establecimiento de los puntos de referencia que organizan nuestras coordenadas espaciales y temporales – muchas veces borradas de la memoria consciente por la experiencia traumática (Humphreys, 2023).

En cierto modo, se trata de dejar de ver nuestros propios códigos culturales como la definición misma de lo que significa ser humano, para cuestionar lo que entendemos por humano, la frontera entre lo que llamamos humano y no-humano, como una forma de luchar contra los procesos de exclusión que llevan a algunos miembros de la especie a verse a sí mismos como excluidos, a sentir que, en su invisibilidad, dejan de ser humanos o viven en la frontera de lo que podría ser humano. En última instancia, se trata de desarrollar un sentido primario de nuestra relación con el entorno físico, permitiéndonos ser afectados por los elementos sensoriales que determinan la manera en la que entramos en contacto con los demás, humanos o no. En este proceso, nuestra atención a la presencia de los demás podría llevarnos a redefinir lo que entendemos y aceptamos como humano.

Definir qué significa ser humano podría ser una forma de comprender la separación entre lo humano y lo inhumano que encontramos en situaciones de exclusión. En este sentido, es interesante observar lo vaga que es la definición de lo humano, que parece depender del reconocimiento de “lo no-humano” (Agamben 2002, p. 142), y que nos permite entender la necesidad de búsqueda de lo no-humano sobre la que se organiza no solamente todo proceso de inclusión, sino también de la exclusión.

Oponiéndose radicalmente a la idea de crear un semejante, a la voluntad de borrar toda diferencia mediante la rectificación educativa implícita en la idea de la asimilación, la tentativa de Deligny era la creación de espacios destinados a acoger quienes no tienen acceso al lenguaje y que eran por ello calificados de niños salvajes. Sus esfuerzos por establecer los elementos contingentes capaces de crear lo común se organizaron en torno a la posibilidad de compartir un espacio vital delimitado, en el que los movimientos individuales, que se organizan en torno a ciertos elementos, generan formas de convergencia o de divergencia respecto del medio físico y de los

organismos vivientes que lo ocupan, lo afectan y lo transforman (humanos o no), dando lugar a una serie de ritmos y coreografías individuales y colectivas. La idea de Deligny era que una observación atenta puede permitir reconocer los momentos de encuentro, de resonancia entre los individuos, como aquellos de separación, independientemente de toda referencia simbólica preestablecida.

ESPACIOS DE VIDA: HACER POSIBLE UNA REASIGNACIÓN DE LO SIMBÓLICO

El sufrimiento subjetivo de la exclusión encuentra su origen en la falta de reconocimiento colectivo (social, en la cultura) y exige por ello también un tratamiento colectivo. Aunque los momentos de contacto, los encuentros inesperados y sorprendentes se producen muchas veces entre dos personas, en el trabajo con las situaciones de exclusión, y el ante el riesgo de des-intricación pulsional extrema que encontramos en algunas de estas situaciones, el trabajo colectivo resulta fundamental. Solamente un colectivo es capaz de producir efectos durables en términos de reconocimiento de otras formas, particulares, de ocupar el espacio y de relacionarse, conduciendo a una verdadera reasignación simbólica cuando los puntos de referencia que organizan esta relación al espacio comienzan a producir efectos reiterados, re-encuentros, repeticiones que se asocian a otros signos, a otras consecuencias, a otras representaciones, que salen de lo puramente subjetivo e interpelan algunos otros.

Los tiempos de presencia institucional son sin embargo limitados, especialmente en las organizaciones destinadas al acompañamiento de personas excluidas y precarias, y resulta necesario ser extremadamente creativo para extender los encuentros a algunos otros. En efecto, no es siempre fácil crear espacios colectivos de vida en este tipo de situaciones, en las que los encuentros son siempre circunstanciales y dependientes de aspectos puramente contingentes.

Es en este contexto que nuestro esfuerzo por reconocer las modalidades de circulación, de ocupación del espacio, de significación del tiempo y del espacio, nos ha llevado a buscar algunas herramientas de trabajo capaces de acompañarnos en el proceso de hacer sensibles los elementos que determinan las trayectorias, los puntos de aceleración y de enlentecimiento de quienes viven en la errancia. El aparato cartográfico desarrollado por las llamadas presencias próximas (*présences proches*, presencias cercanas) de la red de las Cevenas, entendido como una manera de retrazar la memoria gestual que produce la experiencia de acompañar cotidianamente la deambulación de aquellos que parecen avanzar sin dirección (Perret, 2021), ha sido una importante fuente de inspiración. También lo ha sido la utilización de la cámara, entendida como una manera de registrar aquello que escapa a nuestra organización visual y que hace aparecer la humanidad a través de algunos instantes que revelan el encuentro, la sorpresa de la experiencia que produce en nosotros el frotamiento constante con el medio físico, tanto viviente como mineral.

Refiriéndonos a la epistemología psicoanalítica, pero atentos a la versatilidad que exige este tipo de prácticas, y que Deligny ha asociado a la flexibilidad que

permite a la balsa, en su estructura misma, la navegación (Lin, 2007), las premisas de nuestro trabajo se han apoyado principalmente sobre la elaboración *a posteriori* (o *Nachträglich* en el léxico freudiano) de cada la situación, detalle-por-detalle (Asséo; Dreyfus, 2014), a través de un relato de estas situaciones. El relato, dirigido al colectivo de quienes trabajan con estas personas, permite no solamente la puesta a distancia de la experiencia respecto de una posible apropiación subjetiva y puramente proyectiva de la situación, sino también el reconocimiento y la inscripción de todos los elementos contingentes (detalle-por-detalle) que participan en el instante del contacto. El paso por el colectivo de profesionales de diferentes disciplinas abre esta construcción narrativa a una diversidad de puntos-de-ver (Deligny, 2021) producto de la integración de cada aspecto subjetivo y disciplinario.

Es necesario insistir sobre este último punto, fundamental en la constitución de nuestro colectivo de trabajo: la diversidad disciplinaria, sumada a la diversidad subjetiva, constituye un aspecto fundamental de esta manera de construir el relato de la experiencia vivida en cada encuentro. Aunque hemos insistido aquí sobre la necesidad de salir individualmente de nuestros códigos simbólicos para favorecer el encuentro, los determinantes disciplinarios que nos permiten observar una situación están siempre presentes y sería inútil intentar oponer una resistencia a ellos. Por el contrario, es en el dialogo entre las disciplinas (psicología, educación, filosofía, antropología, arte, sociología, ciencias políticas, derecho) que puede construirse una mirada abierta, un relato complementarista, en el sentido de Devereux (1972), que nos ayude a comprender mejor aquello que nos escapa.

CONCLUSIÓN

Se trata entonces, por una parte, de crear las condiciones para el encuentro inesperado, para la sorpresa, a través de una forma de presencia cotidiana, ordinaria. Esta manera de crear las condiciones para el encuentro sería todo lo contrario de una técnica destinada a crear un evento. Incluso el proyecto, la voluntad de producir un evento se opone, en su naturaleza misma, a la posibilidad de producción de este. En nuestra experiencia, que se desarrolla mayoritariamente en los llamados espacios de acogida, se trata simplemente de un hacer de las tareas cotidianas. Un hacer que favorece los momentos de resonancia, de encuentro entre los gestos, de atención al surgimiento de un cierto ritmo en este hacer, de ciertos cruces y convergencias.

Para Deligny, el paso de la figura del educador hacia aquella del trabajador social (entendida como el conjunto de disciplinas y actividades concernidas por la cuestión de trabajar en lo social) implica, justamente, una transformación del proyecto: pasar del creador de circunstancias (Deligny, 1947) al ferviente adepto del azar (Deligny, 1976). Dicho de otro modo, un paso de la construcción de las condiciones para el encuentro hacia una disponibilidad y receptividad a este, cuando se presente, tal y como se presente. De allí la importancia de trabajar el *entre*, su consistencia, su singularidad: es la atención a lo que constituye este entre lo que nos permite reconocer y considerar todos aquellos detalles y gestos concretos que posibilitan el encuentro.

Cuando el encuentro se produce, se trata de un instante, reconocible solamente por su intensidad afectiva y compartida, y que Meltzer (1988) refiere a la experiencia estética compartida. El trabajo del dispositivo consiste entonces, después de haber creado las condiciones para el encuentro, en transformar este instante efímero, fugaz, en un momento. Al respecto, resulta necesario aquí distinguir tanto la función como la temporalidad de dos elementos que podemos a veces confundir: lo común y lo colectivo. La especificidad de cada uno, y su ulterior articulación, son fundamentales en el reconocimiento del encuentro y en el establecimiento de una forma de simbolización a partir de él.

Poder trabajar lo común, resonante y sensible, que toma forma y consistencia día a día, detalle a detalle, en actividades cotidianas donde se atraviesan intensidades y vivencias que necesitan toda nuestra receptividad y nuestra disponibilidad a estar-con y a sentir-con, a estar atentos a lo que constituye ese entre, es lo que delimita nuestro campo de trabajo y que permite que el azar de lugar a algunos puntos de insistencia, de importancia, de retorno. Para dar existencia a este común es sin duda necesaria la creación de un espacio y de un tiempo colectivos, entendidos como aquellos en los que algunos creen en la posibilidad de acceder a algo común. Se trata de un espacio potencial para lo común, que podrá dar lugar también a una temporalidad común. En estas condiciones de receptividad a lo cotidiano, a lo inmediato, predomina necesariamente una forma de Real inasimilable. En efecto, resulta imposible elaborar, establecer una forma de reconocimiento, de variabilidad de la sensorialidad y de la intensidad, en esta extrema inmediatez respecto de lo Real. Lo Real se presenta en toda su discontinuidad, sin re-presentación, sin vínculos ni variaciones de intensidad, de espacio ni de tiempo.

La articulación de lo común a lo colectivo implica no dejar que la vivencia se difumine en la confusión de un instante sin diferenciación; instante caracterizado por su intensidad, que expone cada encuentro a la posibilidad de un abismo sin fin y sin fondo: perdernos en la misma línea de fuga. La tentativa y desafío es aquí la posibilidad de inscribir este instante en el trabajo colectivo para hacerlo parte del tiempo. El acceso a lo colectivo exige, en efecto, transformar el despliegue de la vivencia en el espacio, y a partir de este reconocimiento de cada cruce significante en el espacio, en una forma de temporalidad que transforma cada instante de resonancia en un momento. Esta manera de devenir lugares (pliegues en el espacio) y momentos (pliegues espaciales que establecen un antes y un después, una temporalidad) se inscribe a través de trazos, cartografías, una escritura posible gracias al relato que dirigimos a esos que dan forma al colectivo. Dar lugar al tiempo para inscribir una huella de memoria, un trazo que puede ser evocado porque ha sido reconocido, es decir compartido con otro... crear la posibilidad de compartirlo también con otros.

Es por ello necesario dar lugar a lo que reconocemos como colectivo en un espacio y un tiempo diferentes, a partir del reconocimiento de una huella dejada por el instante que hizo algo común, de la memoria del encuentro en el que algo ordinario dio lugar a un encuentro extra-ordinario. Se trata de una memoria sensorial, corporal, material (aquella que se imprime en las cartografías, que aparece

en el registro que hace la cámara) y que encuentra su lugar y su función en una narración dirigida a otros, y deviene así colectivo (Humphreys, 2014).

Es entonces que aquello que tendía a la des-intricación mortífera, repitiéndose en una incesante ausencia de reconocimiento, comienza a dar forma a lo que nos vincula de manera permanente al otro, abriendo lugar para la ilusión y la ensueñación... que son, tal vez, los aspectos que nos permiten reconocernos como humanos.

Es a partir de esta premisa que, en lugar de enfatizar o intentar rectificar las diferencias que produce la exclusión, nuestro esfuerzo por el desarrollo de un dispositivo se interesa por todo aquello que, de manera absolutamente contingente, produce formas armoniosas y creativas de encuentro (que en su definición misma se refieren a la alteridad), abriendo vías de contacto y acogiendo formas inesperadas de grupalidad. Resulta, en todo caso, extremadamente útil en este punto buscar lo que define nuestra humanidad, más allá de la cultura, evitando reducir lo humano a su aspecto puramente simbólico, o el símbolo como única vía de acceso a la materia.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio. **L'ouvert. De l'homme et de l'animal.** Paris: Payot & Rivages, 2002.
- ARVEILLER, J.-P.; MERCUREL, A. **Santé mentale et précarité: Aller vers et rétablir.** Paris: Lavoisier, 2011.
- ASSEO, R.; DREYFUS, S. Deuil dans la culture. L'actuel, détail par détail. **Revue française de psychanalyse.** N°78, vol.5, p. 1263-1335, 2014.
- BRESSON, Maryse. **Sociologie de la précarité.** Paris: Armand Colin, 2020.
- DELIGNY, Fernand (1947). **Les Vagabondes efficaces et autres récits.** Paris: F. Maspero, 1975.
- DELIGNY, Fernand. **Œuvres.** Paris: L'Arachnéen, 2007.
- DELIGNY, Fernand. **L'Arachnéen et autres textes.** Paris: L'Arachnéen, 2008.
- DELIGNY, Fernand. **Lettres à un travailleur social** (1984). Paris: L'Arachnéen, 2017.
- DELIGNY, Fernand. **Camérer, à propos d'images.** Paris: L'Arachnéen, 2021.
- DEVEREUX, Georges. **Ethnopsychanalyse complémentariste.** Paris: Flammarion, 1972.
- DOUVILLE, Olivier. Une mélancolisation du lien social? *In:* DIMON, M.-L. (dir.). **Psychanalyse et politique. Sujet et citoyen: incompatibilités?** Paris: L'Harmattan, 2009, p. 133-164.

FERENCZI, Sandor. Confusion de langues entre les adultes et l'enfant. Le langage de la tendresse et de la passion (1933). In: **Psychanalyse IV, Œuvres complètes 1927-1933**. Paris: Payot, 1982, p. 125-135.

FREUD, Sigmund. **Moisés y la religión monoteísta** (1939). Buenos Aires: Amorrortu, 2015.

FURTOS, Jean. **Les cliniques de la précarité**. Issy-les-Moulineaux: Elsevier Masson, 2008.

FURTOS, Jean. La précarité et ses effets sur la santé mentale. **Le Carnet Psy**, Hors-série (HS2), p. 9-16. 2023.

HUMPHREYS, Derek. **En rue**. Paris: Ithaque, 2023

HUMPHREYS, Derek. Comment la précarité interroge les sciences humaines aujourd'hui? In: HUMPHREYS, D.; ROBERT, N. (org.). **L'exclusion, aux frontières de l'humain?:** Les humanités à l'épreuve de la précarité et des crises migratoires. Paris: Hermann, 2024, p. 15-30.

HUMPHREYS, Derek. Figuration de l'intraduisible de l'exclusion à travers le dispositif de supervision. **Cliniques méditerranéennes** n°90, vol.2, p. 103-116, 2014.

INGOLD, Tim. **Lines**. London: Routledge, 2016.

INGOLD, Tim. **Correspondances. Accompagner le vivant** (2021). Arles: Actes Sud, 2023.

LIN, Jacques. **La vie de radeau:** Le réseau Deligny au quotidien. Marseille: Le moi et le reste, 2007.

MAUSS, Marcel. **Ensayo sobre el don** (1925). Madrid: Tecnos, 1979.

MELTZER, D; HARRIS WILLIAMS, M. **The apprehension of beauty:** the role of aesthetic in development, violence and art. Perthshire: Clunie Press, 1988.

PAUGAM, S.; Le BLANC, G.; RUI, S. Les nouvelles formes de précarité. **Sociologie** n°4, vol.2, p. 417-431, 2011

PERRET, Catherine. **Le tacite, l'humain:** Anthropologie politique de Fernand Deligny. Paris: Seuil, 2021

POUILLAUDE, Élie. **L'Aliénation:** Psychose et psychothérapie institutionnelle. Paris: Hermann, 2014

VERSINI, Dominique. Trente ans du Samu social. In: HUMPHREYS, D.; ROBERT, N. (org.). **L'exclusion, aux frontières de l'humain?:** Les humanités à l'épreuve de la précarité et des crises migratoires. Paris: Hermann, 2024, p. 31-34.

WINNICOTT, Donald. Le contre-transfert (1960). In: **De la pédiatrie à la psychanalyse**. Paris: Payot, 1996, p. 350-357.